

# LA BANDIDA



Por ANTONIO M. ABAD

## A MODO DE PROLOGO

Hace doce años el que escribe estas líneas fué testigo casual de un diálogo entre Sor Justina, hermana de la Caridad encargada del Hospicio de San José, y el P. Nemesio Gómez, capellán de dicha institución.

—¡Pobrecita!—decía el P. Gómez.—¿Y dices tú que está chiquilla no está bautizada aún?

—Así lo dice la nota—contestó Sor Justina presentando un papelito. La nota decía así:

«Esta niña nació hace dos días. Deseo que se llame Sonia. La medalla que está en su cuello la servirá de identificación. Yo la reclamaré a su debido tiempo».

Sor Justina, mientras tanto, la estrechaba contra su pecho...

**SOCORRO MARTINEZ,**  
*Abogada-Attorney-at-Law*  
CON NOTARIA PUBLICA

Hacia cinco años que Socorro Martínez ejercía su profesión en la ciudad de Cebú. Ella no era natural de aquella provincia. Llegó allí en circunstancias excepcionales. Un abogado, casado con una prima suya, quería dar la vuelta al mundo, y mientras tanto deseaba dejar su bu-

fete a cargo de una persona de confianza. Y se pensó en Socorro Martínez, joven abogada, con muchas ambiciones, simpática y trabajadora. Había recibido su título con honores, y en los exámenes de la Corte Suprema, temerosa pesadilla de los aspirantes a campeones del derecho, obtuvo uno de los promedios más brillantes: 91.35.

Socorro Martínez había sido siempre una muchacha formal. No se le conoció jamás ningún novio, pues detestaba el juego peligroso del *flirt*. Por esta razón sus compañeros—ellos y ellas—le pusieron un sobrenombre: *Man-hater*.

Terminó brillantemente sus estudios, y brillantemente se habilitó abogada. Y dos meses después se le presentó la oportunidad de triunfar.

Era de familia menos que modesta. Contra lo normal, a pesar de ser pobre y bonita, la Tentación, cuantas veces llamó con sus nudillos sigilosos a la puerta de su casa, fracasó invariablemente. Ella quería estudiar, llegar a la cima de su gran ambición, triunfar, en fin. Y a este pensamiento cumbre subordinó todos sus actos.

Un día un profesor dejó caer en la clase la siguiente pregunta:

—¿Cuál es la clave del éxito?

Los alumnos más listos quedaron perplejos. Muchos se levantaron para expresar su pensamiento, pero nadie llenó por completo el vacío ocasionado por tan honda interrogación. Socorro callaba, reconcentrada en sí misma, como si tratase de sondear el gran abismo sin fondo de su propia conciencia.

—*What do you think of it, Miss Martínez?*—preguntó el profesor.

Silencio. Preveían que Socorro iba a decir algo importante. Y habló:

—La clave del éxito consiste en poner todas las energías del cuerpo y del espíritu, con tesón y perseverancia, al servicio de una ambición.

Fué como si un rotundo martillazo, descargado sobre un yunque imaginario, hubiese resonado de repente. Después de los primeros segundos de estupefacción, estalló un aplauso. El mismo profesor felicitó efusivamente a su discípula.

Pero Socorro, aquella mujer hermética, voluntariosa y casi insocial, lloró de rabia. ¡Era el

secreto de su vida, una fórmula, su *slogan*, la palanca de sus acciones, volcado en un momento de arrebatado en medio del loco entusiasmo de sus discípulos?

En cinco años, el bufete de Socorro Martínez se convirtió en uno de los más concurridos. Cuando el abogado que contrató sus servicios llegó de su viaje alrededor del mundo, el prestigio de la abogada había quedado ya definitivamente asentado sobre sólidas bases. Ganó causas ruidosísimas, y los jueces escuchaban siempre con atención sus informes, profusamente documentados. Citaba toda clase de jurisprudencia, señalaba lagunas en los Códigos, provocaba la promulgación de nuevas doctrinas. Era una civilista formidable, y por eso los calendarios estaban siempre plagados con su nombre, defendiendo diversas causas civiles.

El dinero irrumpió en sus arcas. Pero ella no ponía límites a su ambición. Perpetuamente alerta, de una sagacidad pasmosa para la caza del oro, allí donde ella llegaba brotaba el dinero



a borbotones. ¿Méritos? Para ella eran buenos todos los que conducían a su fin. Así, muchas familias adineradas pero ignorantes de los tejemanejes del oficio, quedaron arruinadas. Su historia de triunfos era, a la vez, una historia de expropiaciones. Se la buscaba, pero se la te-

mía. Por eso adquirió otro sobrenombre: «La Bandida».

Cuéntase de un matrimonio de sencillos campesinos que, no habiendo tenido hijos, adoptó a una sobrina. La niña creció en medio de los mayores halagos. El matrimonio, que ya traía el tercio de la vida, adoraba en ella. Sus caprichos eran órdenes, y ellos, que supieron privarse de las más elementales comodidades, en parte porque las desconocían, y en parte por avaricia y cicatería, rodearon a la adoptiva de tantas y tan caras que en ella nacieron esas ideas, vagas al principio, rotundas y definitivas después, que se clavaron como agudos aguijones en el corazón de todos los tiranos.

Un día su corazón se dió cuenta de que era de mujer. Sintió, al principio, hondas inquietudes, angustias sin hombre. Un joven de la comarca, apuesto, enlabiador y perverso, se le entró tan adentro del alma que ya, desde entonces, sus muñecas la hastiaron. ¿Para qué las muñecas de trapo, de celuloide o de escayola si había en el mundo un muñeco mejor, porque decía cosas bonitas?

Pero las papás adoptivos se opusieron a aquellos amores. El galán tenía una fama detestable de engañador y falso. Pero, por eso mismo la niña le quería más, que en los misterios del querer Don Juan honrado ha fracasado siempre frente a Don Juan burlador. Y una mañana los viejos descubrieron que la hija que tanto amaban había abandonado el hogar, en brazos del galán malo, perdido, engañador y adorado.

¿Qué hacer? El matrimonio, de ideas cortas, pero de energía desbordante, no perdió el tiempo en vanas lamentaciones. Desde aquel día ya no tendrían hija. Su oro se repartiría entre los demás sobrinos... aquellos sobrinos que, al enterarse del escándalo, acudieron a su lado para consolarles.

Pero la descarriada, unida de por vida con el dueño de su corazón ante un pastor protestante, acudió al bufete de Socorro Martínez. «La Bandida» concibió un plan diabólico de expoliación legal. En connivencia con otro abogado, presentó una demanda contra los viejos campesinos, padres adoptivos de la desgraciada. El otro abogado se encargó de defender a los demandados. Y en dos años la fortuna, calculada en cien mil pesos, de los campesinos, pasó a manos de Socorro Martínez y de su compinche...

¿Amores? Socorro no los tuvo nunca. «El día que yo ame, me declararé yo misma», decía a sus pretendientes, medio en broma, medio en serio. Y así espantaba a la nube de aspirantes a su mano y a su fortuna, ahora calculada en ochenta mil pesos, quizá más. Tenía fincas, rústicas y urbanas, acciones en buenas compa-

ñías, bonos del Estado y hasta salinares y pesquerías. Vivía con una tía medio tonta, que atendía a su casa, magnífica mansión dotada de las más refinadas comodidades. Ella misma guiaba su automóvil, y en las fiestas su presencia era imprescindible. Del brazo de ella iba orgullosa la Victoria.

Socorro Martínez murió de tifoidea. La ciencia, una vez más, había fracasado. Tenía treinta y seis años. Su historia era una sucesión de luces y sombras. Para el mundo, era una virgen inabordable, más fuerte que las vestales de la Roma pagana. Nadie pudo jamás enorgullecerse de haber obtenido de ella el más insignificante favor. «La Bandida» era incontestable. Llevó hasta la tumba el sobrenombre que le habían dado sus discípulos: «Man-haters».

Cuando se abrió su testamento, los abogados no vieron más que una disposición importante. Decía: «Lego a mi hija Sonia todos mis bienes. Sonia está hasta ahora en el Hospicio de San José. Para identificarla no hay más que pedir de Sor Justina una medalla de la Milagrosa, con las iniciales S. M., que son las mias».

¡Ah! Pero había una carta, la carta a Sonia, cerrada y lacrada, y con un ruego al mismo juzgado: que fuera entregada a Sonia en persona, citándola *sub-pena* para que compareciera personalmente.

Cuando Sonia compareció, la carta se leyó en corte abierta. Decía: Sonia, hija de mi alma: Empiezo por pedirte perdón por habiarte abandonado en un hospicio. Yo soy tu madre, y no tuve el valor de retenerte a mi lado, expuesta a todas las contingencias de la vida. Yo estudiaba el tercer año de derecho cuando un hombre—tu padre—me engañó. Cuando me convencí de que no redimiría su palabra, porque resultaba que estaba casado, yo le maté. ¿Lo oyes? ¡Le maté! Es para que no conocieras nunca a quien no fué digno de ser mi esposo mío ni padre tuyo. El crimen quedó impune. La policía no logró nunca descifrar el misterio. Seis meses después, amparada por la anonimidad, veniste al mundo.

Después mi ambición fué redimirme y redimirte. «Seré rica—me decía—para que mi hija lo sea. Ella es inocente. Mi culpa no la alcanza. Cuando el mundo vea que ella es rica y es poderosa y ¡ay! bonita,—yo estoy convencida de que lo eres, pues de lejos te he visto más de una vez—el mundo se postrará ante tus plantas y te adorará y nadie osará atropellarte como me han atropellado a mí.

Se buena, hija mía, y haz prudente uso de la fortuna que te dejo. Yo sé que me llaman «La Bandida», porque, por el afán de reunir oro para



tí, no he vacilado en hacer uso de los medios más detestables. ¡Qué me importa ya! Lo que me importa sólo en el mundo eres tú, tú a quien quiero ver feliz por tu dinero, por tu bondad y por tu hermosura.

Cúdate de los hombres, hija mía. Yo sé que pondrán cerco a tu virtud, porque tienes el oro que domina y la belleza que enorgullece. Pero imítame: sé fuerte y escoge al hombre—pobre o rico, ¿qué importa?—que sepa comprenderte, pensar contigo, soñar contigo y sufrir contigo. Casi todos son egoístas, y al buscar tu amor, sólo buscan, en realidad, su propia dicha.

Tú no me has conocido, y quizá dirás que no tengo entrañas. Te equivocas. Mi vida ha sido para tí, y he sido desdichada privándome de tu cariño para que ningún cariño te falte después. Te contarán horrores de mí, y dirán que he sido una mujer sin escrúpulos. No les creas. Mi única ambición ha sido hacerte feliz, y para mí, para conseguirlo nada mejor que hacerte rica. ¿Serás feliz? Yo te he amado siempre, y si te he privado de mis besos, ha sido para evitar el mancharte con el contacto de mi alma impura. ¡Oh! Impura para los hombres, pero siempre pura y blanca para tí.

Adios, hija mía. Sé buena, y Dios te bendicirá.

Tu madre,

SOCORRO.